



# FUEGO FATUO

Un cuento de mariano rodríguez

# FUEGO FATUO

UN CUENTO DE MARIANO E. RODRÍGUEZ

Mariano E. Rodríguez, 2024  
mariano.rodriguez@live.com  
mrodriguezwork.wixsite.com/home  
©Todos los derechos reservados

*El fin de todo análisis es volvernos egoístas hasta la obscenidad.*

*Javier Dualte*

## INTRODUCCIÓN

La siguiente narración corresponde a una carta encontrada en un expediente judicial archivado como prueba en una causa penal en los Tribunales de la ciudad de Lobos, fechada el día 5 de marzo de 1983, firmada por el Comisario Crisóstomo Alvear Montiel. El expediente corresponde al convicto Rufino Benjamín Olmos, imputado en la causa N.º 1245/83, caratulada "Olmos, Rufino B. s/Homicidio Calificado", quien fue condenado a la pena de muerte tras el juicio oral realizado el 15 de mayo de 1983.



La carta, enviada de forma anónima al convicto durante su reclusión en la Unidad Penitenciaria N.º 7 de Olmos, fue hallada en su celda el 16 de agosto de 1983. Según el acta del Alcaide Mayor Esteban Joaquín Barreto, el documento, encontrado dentro de un sobre sin remitente, había sido introducido a través del sistema de correspondencia interna del penal. El texto de la carta, cuyo análisis determinó que no fue escrito por Olmos, desconcertó a las autoridades judiciales por las implicaciones detrás del asesinato de Juliana Inés Varela, ocurrido el 18 de agosto de 1982. Sin embargo, las investigaciones posteriores no lograron identificar al remitente ni establecer la participación de otros implicados.

El Tribunal, integrado por los jueces Marcelo Gastón Iñíguez, Adela Roxana Freyre y Horacio Vicente López, admitió la carta como prueba contextual pero no determinante, y dictaminó que Olmos había sido el autor material del homicidio calificado con premeditación y alevosía. El 18 de mayo de 1983, se le condenó a la pena de muerte por garrote vil, una sentencia que fue ejecutada el 15 de agosto de 1983. Pese a las dudas que suscitó la carta, las autoridades archivaron el documento junto con el expediente tras la ejecución del prisionero, considerando que



una verdad más oscura que nunca llegó a revelarse. Años más tarde la misiva fue recuperada por investigadores independientes que accedieron a los archivos con fines aún no esclarecidos. Este hecho permitió conocer el contenido de la carta.

## Capítulo 1

Os he convocado aquí esta noche, caballero, por una razón tan amarga, tan fría, tan necesaria como la sombra del sol abrasador: vos sois un extraño, un testigo imparcial, un espíritu enlazado a mi tragedia; por ello busco, en esta distancia, un resquicio de redención. Permitidme, entonces, desvelar lo oscuro de mi historia. Debe saber que no anhele absolución alguna, tampoco el consuelo de la compasión; solo pretendo despojarme de la carga que mi pecho sofoca como plomo ardiente sobre la carne viva. Sabed, antes de avanzar más, que cuanto diré podría verter sombras negras sobre lo que soy. Habrá quienes, al escuchar mis palabras, dirán que soy un hombre vacío, un ser despojado de virtud, una cáscara de nobleza rota, un espectro sin espíritu, un pobre cascarón hueco, carente de la moral que forja la fibra de los hombres. ¡Que hablen si así lo desean! Pues el juicio que en silencio ya he arrojado sobre mí, supera en rigor a cuanta condena la lengua ajena pueda imponerme. Pues, mediante esta amarga sinceridad es como puedo hallar el alivio.

Os confieso, entonces, que me hice prisionero de una sola pasión—una pasión tan radiante como mortal—, *amor*, es como lo

llaman. Una afición tan cruel que en ella encontré, no la paz que el hombre anhela, sino el crisol que arde hasta los huesos. En vano luché por desterrarlo de mi alma, como si arrancando su raíz pudiera librarme de su veneno. Mas, ¡cuán insensato es el hombre que cree que puede desafiar al amor y salir victorioso!

En mis desvaríos, recurrí a cuanto artificio la desesperación me brindara: mentí, engañé, manipulé, injurié, y aún me creí señor de mi corazón, como un titiritero atrapado en sus propias cuerdas. Este amor—con la fuerza de mil tormentas—me arrastró hacia abismos donde la luz no existe; con mis mentiras intenté apaciguar la furia de sus embates, solo para descubrir que el alma misma sangra sin tregua. Y aquí me hallo, errando entre la verdad y la falacia, sabiendo que mis engaños han servido sólo para mi tormento. En la vanidad de creer poder erradicar ese mal vicio, no he logrado sino encender un fuego que no cesa, un tormento que no se extinguirá jamás. Y ahora, mi buen caballero, os miro y pregunto: ¿me veréis acaso por lo que he sido, o por lo que aún puedo ser? Pues yo mismo, que aquí confieso mi más ruin pecado, sé que ni las palabras más sinceras alcanzan para redimir al alma que se ha perdido en su propio laberinto. Ocurrirá que, finalmente, habré de consumirme en esta tragedia, como

un protagonista atrapado en el juego de un destino despiadado. Pero sabed esto: el mismo amor que una vez me prometió los cielos, me ha entregado al infierno, y en mi descenso, mi clamor es el de quien no puede, ni quiere, apartarse de aquello que le destruye, porque en la destrucción halla su única verdad.

Si os preguntáis, noble caballero, qué razón ha provocado mis acciones, os confieso que no hallo en mi corazón respuesta firme ni razón clara. Mas ved, en las páginas que yacen entre vuestras manos, pues allí hallaréis mi alma desnuda, sin engaño alguno. ¡Oh!, cómo se deslizaron aquellas palabras, primero prisioneras de mis labios, pero al fin liberadas como ríos desbordados sobre el papel que ahora probablemente os estremece. Imagino vuestra mirada, una combinación de horror y desconcierto, un gesto que grita la sentencia. Pero, ¿qué más puedo añadir? Pues, estas palabras, tan ciertas, castigarán por siempre mi espíritu por haber sido descortés con el amor. Ni la vil obscenidad, esa grotesca criatura que en otras épocas se arrojaba a liberar mi ánimo con sus burlas al amor, ha osado callar en esta hora. Aquel demonio, antaño tan presto a desgarrar mi corazón con sus carcajadas, esta vez ha huido cobarde. Y así, en un estado de descomposición, permanezco; soy espectro de lo que fui, un castigo del cielo

por haber revelado los nombres divinos de Dios. Mas, mientras vos, aquí ausente, calláis, yo he perdido esa rara virtud que distingue al hombre de la bestia: consideración. La desdicha me ha alcanzado, estimado. Vuestra ausencia es, sin duda, una prueba de ello.

## Capítulo 2

Escuchad, pues, como bajo un cielo indolente de estío, ella se plantó ante mí, y con hondas promesas selladas en el corazón, juró permanecer a mi lado hasta que la muerte nos apartara con su gélida mano. ¡No os turbéis, os pido encarecido! Ella no ha partido al frío silencio de la tumba. Sabed, estimado, que nunca consideraré tragedia ni crimen el relato que os dispongo. La única aspereza que mora en mi pecho es mi veracidad desnuda; y aunque no creo que tal verdad pueda apagar otra vida, bien es cierto que un nublado juicio, a menudo nos ofrece una daga envenenada. He tomado la libertad de enunciar aquella promesa –esa que dictamina "*hasta que la muerte os separe*"– con la intención de labrar en palabras el oscuro peso de tan grotesca unión. ¡Oh, amantes míos! ¡Qué juramentos son los vuestros, promesas que, aunque hechas en la fiebre del amor, llevan en sí la simiente de

la separación! Pues, ¿qué es el hombre, sino una criatura ávida de libertad, una flama que anhela siempre la holgura? Decidle, si os atrevéis, que sus días estarán atados por una eternidad, y su voluntad, como vendaval, se rebelará contra el yugo que sus propios labios pronunciaron.

### Capítulo 3

Ah, ¡así sea! Cedamos el corazón y la lengua a las sombras, donde las palabras caen como puñales y las pasiones hierven cual caldero hechizado. Escuchad, pues, el relato de un amante encadenado y de sus propios temores.

Aquel primer encuentro —¡ay!, cuán breve la hora, y cuán largo el desvelo—, fue una sutil travesura de susurros y miradas furtivas que trenzaron ya nuestro destino sin permiso. Tal vez fuera deseo, o tal vez algo más oscuro aquello que prolongó el encuentro; dos lunas pasaron como un suspiro y, en un descuido, hallé mis secretos de juventud vertidos sobre su cuerpo. Así supe que había compartido con ella lo que ni el tiempo ni el orgullo permiten dar; y, con la conciencia de un condenado, advertí que, sin ella, mi propio reflejo se quebraría cual cristal lacerado.

Pues, que la sola idea de envejecer en soledad, de ser sepultado sin otra sombra junto a la mía, hiela hasta la médula del hombre más bravo. No somos sino frágiles peregrinos que cruzan el ancho camino, y a veces una mano se entrelaza con la nuestra. Mas es en la noche —¡o en la noche, cuando el eco del lecho vacío retumba cual cántico fúnebre! — donde la verdad se nos revela, donde la ausencia del amor transforma el ser en espectro que nos atormenta con pensamientos oscuros y decisiones que sólo los dioses perdonan.

El amante abandonado, os digo, sufre el dolor, ¡oh sabedlo!, tan solo una fracción del tiempo en que se amó, pues la memoria deja sus luces al olvido y a las sombras. Mas, en el tormento de la desesperación, otros tomarían votos o huirían a las alturas de las montañas; ¡los veo, ay!, con ojos de burla y los oigo con risas huecas! Pero no fueron ésas mis sendas, ni me uní a este lazo con un propósito eterno. Y si halláis, lector o amigo, motivo o inspiración en esta confesión mía, os advierto: no juzguéis con premura. Aun si alzáis una mano de castigo, ved que las sombras del destino ya me han alcanzado con su vara. Llamadlo justicia, si así gustáis, mas advertid que no habéis de ser vosotros la redención de este hombre que os habla.

## Capítulo 4

Pues os confesaré que todo aquello forzado en cuanto amor se trata, halla pronto su ruina; es ley sagrada en el reino de los corazones. Y he de recordar, en este instante, aquellos días en que nos entregábamos al ardor y no al corazón, en que los cuerpos, no las almas, hallaban satisfacción. Quizás había pasión, pero no os engañéis, no había deseo de perpetuar tal enlace. Con sutil destreza intenté eludir la compañía del corazón en estos encuentros, mas ¡el sexo femenino es tenaz y temible!, y así ella persistió hasta verme rendido y vencido. Diríais, con voz de reproche, que en mi voluntad estuvo evitar lo que ahora lamento; ¡oh, erráis, pues opciones no tuve, y el contaros la causa de ello sería tan penoso como inútil! Y aunque ella, con palabras suaves, afirmaba entender la vacuidad de estos encuentros, a pesar de ello, intentaba, ¡ay!, intentaba quererme. Con ojo perspicaz percibí sus verdaderas intenciones, aquellas que brillaban como destellos en su mirada deseosa. Sabed, finalmente, que, a pesar de toda sospecha, no era necesario oráculo alguno para revelar nuestro destino, el inevitable hecho de permanecer juntos, mas

no en dicha ni gozo, sino, ¡oh, cielos!, juntos, sí, pero irremediabilmente miserables.

Escuchemos pues, el relato de quien vive la descomposición de un amor que nació ya condenado, un amante que, con amarga sinceridad, no puede sino ser testigo de su propia ruina.

Al comienzo permanecía todo cubierto con nubes que arremolinaban sin rumbo. Ella, entretanto, sumergíase en la esperanza de un porvenir que brillaba ante sus ojos, desplegándose con pasos de inocente delirio. Hallaba que cuanto tocaba era dicha y bienestar, y la felicidad parecía perpetua. De corazón sincero compartía sus alegrías en compañía de quien, en ese entonces, era su pasado, presente, y, ¡ay!, su deseado porvenir. Mas para mí, esto no era sino una farsa de amor juvenil, la febril ilusión de un amante sin oficio alguno. Bien lo sabía yo, y sabed vos también, que mi permanencia junto a ella no respondía a motivo noble alguno. No sé, ni sabré jamás, en qué momento todo comenzó a desmoronarse; mas recuerdo que primero llegaron las disputas, como maleza que crece entre los muros. El asunto de tales riñas era de mínima valía, cuestiones ajenas de tan insulsa naturaleza que no merecen evocación. Sin embargo, en el

fondo, acaecía un ardor compartido, entre un fuego posesivo, o, si lo prefiere, llamadlo celos, ese demonio disfrazado que por costumbre tiene hospedarse en nuestro pecho. Os digo que los celos, aun siendo de naturaleza irrazonable, no carecen completamente de lógica, pues quien desea ardientemente a otro, aboga absoluto derecho sobre su corazón y su vida entera, cual soberano que arroga todo a su propiedad. Y en esta vana seguridad, teme entonces la amenaza de un extranjero, ajeno e imaginario, que arrebate a su amado. De esta manera nacen los celos, como flor negra de pasión sin límite ni contención.

Lo habréis sabido acaso, o al menos intuido, que, en los primeros días de amor, el alma se vuelve posesiva por incertidumbre, anhelando obtener prueba cierta del afecto ajeno, cual candado que asegurase el sentimiento del otro. Mas llegado el tiempo, si tal posesión persiste, se revela entonces el terror que en uno habita, y así, poco a poco, el amor se convierte en limbo. Así es que, podría hallarse en la fiebre del amor la excusa de los celos, mas os declaro que yo jamás concebí aquella presencia suya como una llama en mi corazón. No, sino lo opuesto. Peregrinaba por un desprecio tal hacia el amor que, de haberle otorgado motivo a tal compromiso, habría sido tan sólo la vana

creencia de que, con entereza, podría conducir aquella incansable devoción suya. Mas, como experimento de químico torpe, hallé en su lugar, que tales juegos de pasión no llevaban sino al detrimento, y en mis propias decisiones mal calculadas, vi nacer el germen de mi propia destrucción.

## Capítulo 5

Así, habiendo resignado mi libertad —tesoro preciado que en mi juventud guardaba con ardor—, y sintiendo sobre mí el peso de una voluntad impuesta cual sombra imperiosa, llegamos a un acuerdo: nuestra unión, frágil y errante como barca en tormenta, sería también nuestro exilio del mundo. Desterrados juntos, mas del contacto de los hombres, de la compañía de los vivos, ¡ay!, de la vida misma. Desde entonces, convenimos que todo vínculo externo sería reducido a la mínima expresión, un encierro donde cada palabra, cada rostro, cada gesto, se estudiase con minuciosa atención, y sólo aquellos, los elegidos, andarían frente a nuestros ojos como tristezas permitidas. Mas como sucede con las leyes humanas, esta, nuestra regla, concebida en el fuego de una posesión enfermiza, no tardó en quebrarse. Pues, así como

el río encuentra sus ramales sin preguntarse dónde le llevará la corriente, también nuestras vidas, por más que anhelásemos la exclusión, estaban unidas a los demás en el traqueteo incesante de la inevitable existencia.

Este aislamiento, que parecía apenas un juego de amantes, una representación en un teatro para locos, se convirtió en una obsesión para mí, tan enfermizo como dedicado; hallaba yo, en la naturaleza absurda de nuestra relación, un motivo más para cumplir con esmero nuestro pacto. Sí, lo admito, era absurdo, tan absurdo que la ironía, estimado lector, hace su nido en este proceder. Vos sabéis, y bien lo sabéis, que el hombre, criatura de contradicciones, nada en una corriente de locura que le ha acompañado por más de dos mil años; y ¿cómo habría de ser yo, pobre y desolado, una excepción a tan augusto linaje? Sin embargo, esta sátira, esta contradicción, no eran mi afán; no buscaba yo desentrañar afecto alguno, tampoco descubrir si el amor que creía profesar era incuestionable. No, amigo mío, aquello había sido resuelto desde los primeros días; mi propósito era sólo honrar la palabra, cumplir con fidelidad lo que había jurado, no por amor o deseo, sino por ese espíritu de obstinación que conduce al hombre a enredarse en sus propios errores.

## Capítulo 6

Así avanzábamos, día tras día, envueltos en el fragor de disputas cada vez más feroces, donde los insultos se arrojaban como flechas en un campo de batalla, encontrando su triste fin en los frágiles muros de la estancia. Cada anochecer, apenas cruzaba ella el umbral, un mínimo desacuerdo bastaba para comenzar un nuevo acto de la oscura comedia que juntos representábamos. ¡Ah, cuántas son las causas que pueden llevar al amargo final de una pareja! Aunque en nuestro caso, las rencillas izaban la bandera de la discordia. Pero estas no eran las únicas semillas de nuestra desdicha. Allí también habitaba el desgaste de los días, las penurias que asfixian y las dualidades del deseo. Todos estos elementos, trágicamente frecuentes, reunidos en una época donde el amor parece haberse extraviado como un perfume antiguo disipado en el aire pesado de las cosas mundanas. Aunque lo intentase, no podría definir, aunque fuera en palabras humildes, qué se entendía por amor para los de antaño; quizás el nacimiento del fruto bendito de su unión. Mas, ¡mirad ahora! Se engendra vida como quien obtiene una propiedad, un objeto

para añadir al hogar, una adquisición para aumentar el patrimonio. Dos caballos en la cuadra, dos hijos en el hogar, o tal vez uno, cada cual, cuidado con el mismo celo, con la misma obsesión que se tiene por mantener en orden los capitales. ¡Ay! ¡Qué cruel espejo de nuestra era! Las leyes ancestrales continúan anunciando las temibles advertencias que os ordenan: “*Amaos y multiplícaos.*” En una profana y de confusas necesidades, vemos cómo esta falta de ilustración da lugar a progenitores que parecen niños, arrastrados por el impulso de un conocimiento incompleto, engendrando sin más rumbo que el instinto. Es aquí donde la ignorancia despliega sus bromas más crueles. No pretendo que compartáis conmigo este pensamiento, aunque imagino que, como tantos, juzgáis la idea de mi paternidad como un escándalo; y no os culpo. Mas vuestros motivos distan de los míos.

De este modo los días pasaban. Ella, sintiendo el vacío que mis atenciones no podían llenar. Este fue el comienzo del fin. Todo se tornaba cada vez más amargo; las usuales disputas se convirtieron en un silencio hondo y oscuro. No puedo precisar las palabras que sellaron nuestro final, pero recuerdo bien la esencia amarga que nos unió en una resolución tácita, donde ambos nos sabíamos en la víspera del ocaso, sin remedio. Ambos sentíamos

la helada presencia de un final irrevocable. Y vos, testigo silente de nuestro teatro de penurias, habréis de observar cómo cada palabra de esta confesión se vuelve carne, cómo la pasión se torna en condena, y cómo, al final, esta cadena de dolores se cierra sobre todos. Pues habréis de saber que el amor que ahora poseo será, como el veneno en copa de cristal, dulce en apariencia, mortal en esencia. Pero no os dejéis seducir por falsas esperanzas de redención o de enmienda, pues soy, y he de ser, como fiera atada al mismo yugo de su miseria. Entonces, que en la ciega soledad de la noche, os alcance la fría certeza de que habréis dejado escapar la única oportunidad de salvación para vos mismo, y que se os recordará no como amantes desafortunados, sino como condenados en un incesante círculo de sufrimiento. Pues sabed, caballero, en las entrañas de esta tragedia, los lazos que nos unen están hechos de la misma fibra que el olvido eterno, y será en la quietud sin gloria donde esta fábula encontrará su desdichado fin.

## **Capítulo 7**

Me hallaba aquella noche en mi habitación, rodeado de sombras que parecían cobrar forma, susurrándome presagios de algo

que no era capaz de comprender. Fue entonces cuando llegó ella, como un espectro desesperado, portando en su delicada mano la daga que yo, en algún momento de vana ambición, había usado para jurar lealtades que jamás cumpliría. Sus ojos, encendidos por el fuego de una pasión rota, se clavaron en los míos. No traía consigo súplicas ni reproches, sino la fría determinación de quien se sabe condenado. ¡Oh, caballero, he de confesaros que esta carta que os escribí, esta confesión que pretendía ser un acto final de liberación, no ha hecho más que encadenarme más hondo en las fauces de mi propio abismo! No imaginé, en mi ceguera, que al verter en palabras la naturaleza de mi ruina, invocaría una tormenta tan oscura que devoraría todo a su paso.

- *¿Por qué escribiste esas palabras?* - preguntó con voz quebrada, mientras alzaba la daga hacia su pecho.

- *¿Por qué tu amor, si amor puede llamarse, debía arrastrarme al vacío? Yo... yo habría soportado el olvido, pero no esta burla, esta herida que no cicatrizará nunca-*.

Antes de que pudiera detenerla, la hoja se hundió en su carne con un sonido que todavía resuena en mis noches más solitarias. Su cuerpo, delicado como una flor marchita, cayó en mis brazos.

Mis manos, que tanto la habían buscado en otros tiempos, estaban ahora empapadas con su sangre, tibia y acusadora. En sus últimos instantes, sus labios murmuraron algo que nunca logré comprender, pero sus ojos hablaban con elocuencia: ya no había redención posible para mí. No tuve tiempo para el duelo, pues vuestra sombra, caballero. vuestro rostro era una máscara de furia y desolación. Tal vez se pregunte por qué no hui, ¿cómo habría de hacerlo? La cobardía que había guiado mi vida parecía, en ese momento, consuelo insuficiente. Por ello me arrojé a vuestra justicia como un hombre que busca en la muerte el fin de sus tormentos. Mi corazón no reclamaba victoria alguna. sobre el suelo de la habitación, con el frío acero aún en mi pecho, os vi tomar a vuestra esposa en brazos, cubriéndola con lágrimas que brotaban como ríos. Y yo, ahogado en mi sangre, no pude sino pensar que tal vez vuestra rabia era el último acto de amor puro que presenciara.

Ahora, desde la oscuridad se cierne sobre mí una tragedia inexorable. El coro de mis pensamientos resuena con una sola verdad: la pasión que quema no deja más que cenizas, y en esas cenizas no hay espacio para el perdón ni la esperanza. Así, caballero, os dejo este relato como mi epitafio. Que sea mi voz la que

os acompañe en vuestras noches más frías, y que su eco os recuerde que ninguno de nosotros escapará al juicio de las sombras. Pues si algo he aprendido en esta agonía, es que los dioses no olvidan, y sus castigos son tan infinitos como nuestra ambición.

## Epílogo

Apreciad esta humilde narración que mi pluma desató, nacida en un rincón olvidado del mundo: Sourdeaux, ese espectro de ciudad que yace suspendido entre el tiempo y el olvido. Allí, entre calles desiertas y susurros que el viento apenas osa cargar, donde el hierro de las vías muertas simboliza un templo de voces apagadas, allí nació *Fuego Fatuo*, un relato construido con palabras que, como el Nombre Inefable de Dios, no se pueden pronunciar en voz alta. Tal vez por ello permaneció oculto todos estos años, encadenado por el tiempo, temeroso de que su sinceridad percibiera la luz. Pero el silencio fue torpe, y en mi pecho se alzó un fuego que sólo podía ser aplacado sobre las tablas, allí donde la palabra se encarna y el alma se desnuda. Así, *Fuego Fatuo* transfigurado en *El Hombre Inmoral*, no sólo narraba, también desgarraba. Los personajes, atrapados entre la moral y el deseo, se retorcían en la penumbra, revelando aquello que la tinta jamás podría expresar: el dolor que se esconde en las pausas, en el filo de los silencios, en la carne misma de quien observa y calla. Y, sin embargo, me dispuse devolver el relato a su forma original, no por nostalgia, mas porque comprendí que hay historias que no son nuestras, espejos que el tiempo coloca frente a

nosotros y que, aunque su reflejo nos hiera o nos desoriente, precisan la luz para existir. *Fuego Fatuo* es eso: un espejo, no sólo de Sourdeaux y de sus tardes eternas donde el tiempo se ahoga, sino también de mí, de mi propio espíritu atrapado entre lo efímero y lo eterno. Hoy, tanto el cuento como la obra comparten un lazo indisoluble, como si una respirara dentro de la otra. Quien lea *Fuego Fatuo* sentirá el eco de las tablas, quien presencie *El Hombre Inmoral* entenderá la verdad que arde en las palabras: descubrirá que el teatro y la vida son un mismo abismo, y nosotros, simples actores intentando comprender que *donec vitae luctus est, non posuere tellus*.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La traducción al español es: "Hasta que la vida sea sufrimiento, no hay lugar para la tierra." A pesar de que la traducción se puede hacer con estas palabras no parece tener un sentido claro o filosófico en la tradición latina. Puede estar tratando de comunicar algo simbólico sobre la vida, el sufrimiento y el "lugar" de la existencia. Sin embargo, es difícil darle una interpretación definitiva.

Terminado de escribir en los días de invierno de 2006, en Ingeniero Adolfo Sourdeaux, una pequeña ciudad en la provincia de Buenos Aires, Argentina, en el centro-norte del Gran Buenos Aires, a 39 km de la Capital.

